

Reseñas

MONCAYO, Víctor Manuel, *El Leviatán Derrotado*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2004, 387 pp.

Irreverencias y suspicacias de historiador

Gonzalo Sánchez G.[©]

El libro de Víctor Manuel Moncayo es ante todo un campanazo de alerta a los analistas sociales y militantes políticos que abandonaron, se podría decir que por décadas, la reflexión sistemática sobre la naturaleza y transformaciones del Estado en Colombia. La ausencia de esta reflexión no sólo ha retrasado nuestra comprensión de elementos esenciales del orden social, sino que ha tenido implicaciones decisivas en el curso de la política: nos ha impedido, para no ir más lejos, afrontar con los recursos conceptuales indispensables el momento actual. Al final de este recorrido sugestivo y ambicioso, el autor nos advierte cómo fue precisamente la ausencia de concepciones de Estado y de sociedad, suplantadas por discusiones procedimentales, tanto del lado del gobierno como del lado de la insurgencia, la que hizo imposible darle contenido a las frustradas negociaciones del Caguán.

Más aún, la ausencia de este tipo de debate le ha abonado entre nosotros el terreno a todas las interpretaciones atomizadas de la realidad social preconizadas por el discurso de la posmodernidad, que se propone y acoge como el nuevo paradigma de las ciencias sociales, sin que se hubiera agotado aún entre nosotros el discurso mismo de la modernidad. Es una tendencia innovadora en muchos aspectos sobre la cual no podemos ahondar en esta ocasión. Pero al igual que el autor de este libro, desconfío profundamente de las pretensiones posmodernistas de sustituir la vocación integradora de la causalidad social, inherente no sólo al marxismo, sino a toda una tradición historiográfica conocida como la Escuela de los Anales, por una relación privilegiada con el lenguaje y con las mediaciones simbólicas, a menudo excluyente de las fuerzas e instituciones sociales.

© Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales –IEPRI– de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

Pero el libro trasciende desde luego el momento actual. Partiendo de las consideraciones históricas y teóricas que llevaron al surgimiento de la forma particular de poder político que constituye el Estado en la sociedad capitalista, el texto es también un esfuerzo de reconstrucción genealógica del pensamiento del autor. Dominado inicialmente por las visiones althusserianas del Estado como instancia, con un lugar definido en el topos jerárquico de base-superestructura, que en los años sesenta pretendió dar respuesta tanto al subjetivismo de los actores históricos como al empirismo de la historia tradicional, el autor nos muestra cómo pasó de este dualismo a una concepción del Estado que lejos de tener un existencia separada de la totalidad social, fuera el componente irrigador y constitutivo de la misma. Fue lo que bajo múltiples variantes se llamó en las décadas siguientes la lógica del capital dentro de la cual el Estado y el derecho dejaban de ser un recurso instrumental y externo a las funciones de dominación, para convertirse en el lugar de definición del entramado de las relaciones sociales y políticas de tal dominación.

Le seguí la pista a las primeras fases de esta evolución intelectual, cuando por allá a comienzos de los setentas Víctor Manuel y yo intercambiábamos libros e ideas sobre estos tópicos y sobre la necesidad de darle un lugar en la Universidad a estos debates. Fruto de estos intercambios fue la fundación, bajo su dirección, de un efímero Instituto de Estudios Políticos, de carácter interdisciplinario, antecedente del actual IEPRI. Lo puedo decir por haber estado con él en el momento inaugural de ambos proyectos. A la fase siguiente le perdí el hilo, pero la pude rastrear en las publicaciones de la revista *Ideología y Sociedad*, probablemente la revista colombiana de más vuelo teórico en los años setentas. Estando en Inglaterra en aquellos años siempre me pregunté por qué los debates que se daban en esta revista no tuvieron mayor impacto nacional e internacional, cuando en gran medida eran los mismos debates de punta (sobre el Estado, sobre el derecho, sobre las ideologías) que se daban en la prestigiosa *New Left Review*, animada entre otros por Perry Anderson.

Pero los tiempos han cambiado: entonces la preocupación de los historiadores era por los procesos de transición y formación del Estado capitalista. La preocupación central en este libro es, por el contrario, esencialmente contemporánea. Se indaga en él por la transmutación de los atributos característicos de soberanía y territorialización que fueron inherentes al Estado desde su fundación en la era moderna. El Estado nacional, el gran derrotado al final del milenio, se nos muestra aquí, de nacional ha pasado a ser imperial, esto es, desnacionalizado y desterritorializado. En otras palabras, y para retomar el sentido sugestivo del título, derrotado el Leviatán soberano, resucita hoy bajo la forma del Estado-Imperio. La

naturaleza del debate, insisto, es muy distinta a la que nos planteábamos en los años setenta. Víctor Manuel ha permanecido atento a estas transformaciones. Son el meollo de su libro.

Entre tanto, yo me fui inclinando cada vez más por los estudios históricos, en particular de los actores sociales, y empecé a tener dificultades para conciliar mis preocupaciones investigativas con esa, por lo demás intrigante, coherencia de la perspectiva de la lógica del capital. Me dejé contagiar del escepticismo profesional de los historiadores. Lo que sigue es pues un intento de restablecer la conversación interrumpida hace más de treinta años. Y lo haré extrapolando las discrepancias, casi de manera provocadora, para poner de relieve los grandes debates que suscita el texto, intencionalmente polémico.

Para comenzar diré que el pensamiento de Víctor Manuel es admirablemente sistémico, es su fuerza, pero al mismo tiempo nos introduce en un territorio en el cual difícilmente se resuelven las tensiones entre lógica e historia. Veamos una primera formulación del problema: haciéndole eco a Toni Negri, se plantea en las páginas iniciales que el “Estado es un elemento más de la oposición capital-trabajo, y que sus especificidades y configuraciones históricas son, *en lo esencial* reorganizaciones o reestructuraciones que siempre *reiteran* y reconstituyen la forma” (p. 76)¹, que pese a sus variaciones permanece idéntica a si misma. Un énfasis muy marcado en la coherencia y capacidad de reproducción del sistema, frente a la cual el historiador estaría más tentado a ver las fracturas, las mediaciones, las inestabilidades, las posibilidades de desplome, las inconsistencias del sistema y, en últimas, la caducidad esencial de las formas de organización social y política. Frente a las pretensiones de estabilidad del Leviatán, el historiador resaltaría las fragilidades del tigre de papel.

En este mismo orden de ideas, corporativismo, maquinismo, taylorismo, keynesianismo y las tendencias más modernas de desterritorialización de la producción y la consiguiente atomización del mundo de los trabajadores, hasta llegar a la fase reciente de informatización de la sociedad, analizadas y documentadas con erudición y precisión a lo largo de varios capítulos, son vistas como parte de ajustes racionalizados de renovadas exigencias de productividad y de especialización en la naturaleza de la explotación, cuyas crisis tienen un significado muy peculiar en el análisis del profesor Moncayo. Mientras para el historiador las crisis marcan los límites de funcionamiento de una determinada sociedad, Moncayo atenúa sus

1 Las cursivas son del autor de la reseña.

alcances presentándolas como oportunidades de revitalización y solución funcional a las necesidades de reproducción del sistema. Me pregunto si al privilegiar el desarrollo lógico sobre el desarrollo contradictorio del capital, Víctor Manuel, sin proponérselo, no contribuye a alimentar un cierto teleologismo de las crisis en forma tal que el capitalismo deja de ser percibido como una forma histórica de organización de la sociedad, para convertirse en la forma casi inevitable de la misma.

Advertí este mismo tipo de tensiones en el enfoque cuando Víctor Manuel traslada su reflexión al terreno de las formaciones nacionales latinoamericanas, a la luz de las tendencias universalizadoras del capital y de la ideología liberal. En tanto que el autor del *Leviatán Derrotado* se empeña en definir los terrenos comunes entre las formaciones nacionales euro-occidentales y las latinoamericanas del siglo XIX, vistas las últimas casi como extensiones orgánicas de las primeras, en términos de configuración de estados, de regímenes políticos, de sistemas de representación, de construcción de los sujetos sociales y políticos, de oscilaciones entre la idea democrática y la tentación autoritaria, de los avatares de la monopolización de la fuerza y la formación de los ejércitos, el historiador y probablemente el activista serían por el contrario más propensos a reconocer los múltiples procesos de apropiación cultural y las enormes diferencias de uno y otro lado del Atlántico en materia de organización, de prácticas, de mediaciones políticas, de formas y niveles de violencia, y de posibilidades y límites de la acción social y política, incluida la contestataria.

Así mismo, entrado ya el siglo XX, dentro de su marco de análisis, experiencias históricas tan dispares como los populismos, las dictaduras, las revoluciones, las democracias formales, terminan inscribiéndose en un *continuum* de readaptación de la organización estatal a las exigencias de una matriz común, un gran invariante, también leviatánico: el neoliberalismo, cuyos impactos se hacen visibles en la administración del gasto, el reordenamiento territorial, las reformas de la justicia, las privatizaciones y muchos otros campos sobre los cuales se trazan aquí líneas fundamentales de interpretación, que todos habrán de leer con inmenso provecho, pero que serían apenas el punto de partida del historiador y del activista para construir las especificidades, los rasgos distintivos, los nexos con las sociedades y las culturas locales, y las tareas políticas de ellos derivadas. Piénsese no más en las implicaciones teóricas y prácticas de la tesis fuerte, ampliamente aceptada por los historiadores, según la cual, a diferencia del modelo clásico, en América Latina se construyeron primero los estados que las naciones, tesis que desde luego no cambia sólo el orden, sino la configuración misma de los elementos constitutivos. Soy consciente, desde

luego, que respecto de muchos de estos temas no se ha avanzado lo necesario, precisamente porque los rasgos generales del desarrollo social y político han sido crecientemente relegados de los estudios históricos. Y poner de bulto esos vacíos es otro de los tantos méritos de este libro.

Pasando a una tercera observación y a sabiendas precisamente de que Víctor Manuel quiere hacer de sus escritos un arma de lucha, me perturba constatar cómo su instrumental teórico parece operar determinantemente a favor de los recursos de la dominación y sólo marginalmente de los recursos de la resistencia, dejando siempre invulnerable al Leviatán nacional, derrotable sólo desde fuera por el Leviatán triunfante, el del imperio. El militante político y el luchador social parecerían enfrentados a una máquina que triunfa inexorablemente en sus designios de ajuste, en términos de Víctor Manuel, al momento histórico, a la nueva fase, a las nuevas exigencias del régimen político. Por todos lados tales luchadores se encuentran rodeados de Leviatanes, que pueden producir un indeseado efecto inhibitorio y paralizante. Punto controvertible a este respecto me parece el excesivo esfuerzo en demostrar las conexiones entre las transformaciones institucionales, particularmente las de la Constitución de 1991, y las exigencias del mercado y del capital, demostrables ciertamente respecto a muchos aspectos de la misma, pero sacrificando a mi modo de ver una valoración adecuada de los rasgos democratizadores igualmente presentes en la misma, jalados por la Corte Constitucional.

La actual arremetida contra la Corte sugiere precisamente que ésta es incómoda para la realización de los intereses que se le atribuyen. Preferiría verla más que como un simple proceso de adaptación, como un campo de tensiones y de negociaciones en el cual se pueden expresar también nuevas fuerzas sociales, políticas y culturales: minorías étnicas, religiosas, demandas de género, de participación comunitaria, de control ciudadano, dotadas todas de armas de lucha hasta ahora desconocidas. Incluso si se acepta la idea de un proyecto hegemónico de Estado por parte de las elites, es preciso reconocer la pluralidad de resistencias antihegemónicas al mismo², así estas últimas se encuentren en relaciones desiguales de poder, entre la autonomía y la subordinación. Para no hablar de las formas no organizadas de resistencia cotidiana; de las que se expresan en el lenguaje mismo de la dominación; o de las que se manifiestan en lenguajes ininteligibles para el discurso dominante, a las cuales el análisis social presta creciente atención desde los trabajos seminales del antropólogo James Scott. Es también la conclusión a la que habría

2 SCOTT, James, "Prólogo", en JOSEPH, Gilbert Michael, *Everyday forms of state formation: revolution and the negotiation of rule in modern Mexico*, Durham, London, Duke University Press, 1999, p. XI.

llegado la llamada corriente de *Estudios Subalternos* al demostrar, con base en categorías de stirpe gramsciana, cómo en la India colonial la dominación coercitiva de los poderes metropolitanos fue incapaz de establecer su hegemonía persuasiva y sus pretensiones y estrategias homogenizadoras sobre la sociedad civil de los colonizados. Los valores de la obediencia, el deber, la colaboración, la lealtad patriótica a la madre patria y la coexistencia sin antagonismo, fueron contrarrestados eficazmente por sentimientos crecientes de identidad, de resistencia, de autodeterminación, y finalmente de afirmación nacional.

Desde luego, en páginas esclarecedoras sobre el momento actual el autor nos pone al final del texto frente a un hecho incontrovertible, el alineamiento del “Estado comunitario” del presidente con el Imperio. Pero me niego a pensar que éste sea un hecho inevitable y que sea el único camino posible para Colombia.

Tal vez el no haber conversado con Víctor Manuel sobre estos temas desde hace tantos años me haya llevado a tergiversar o a forzar muchas de las apreciaciones contenidas en este libro denso como pocos. Pero de lo que sí estoy seguro es que todos ganaríamos iniciando con el ex Rector de la Nacional el debate que dejamos suspendido hace ya varias décadas.



DE ROUX, Rodolfo Ramón, *De guerras “justas” y otras utopías*, Bogotá, Editorial Nueva América, 2004, 213 pp.

Ricardo Arias Trujillo ♣

Recientemente ha aumentado en Colombia el número de publicaciones que se inscriben en lo que la historiografía francesa denomina “historia de las ciencias religiosas”¹, un campo de trabajo que se ha venido consolidando lentamente en el país, pero que todavía ofrece innumerables vacíos. Rodolfo de Roux, uno de los pioneros en estas áreas, ha contribuido, en sus diversos trabajos, a analizar el papel

♣ Profesor del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

1 Podemos citar tres ejemplos: BIDEGAÍN, Ana María (dirección), *Historia del cristianismo en Colombia. Corrientes y diversidad*, Bogotá, Taurus, 2004; LONDOÑO, Patricia, *Religión, cultura y sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia: 1850-1930*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004; WILLIFORD, Thomas, *Laureano Gómez y los masones: 1936-1942*, Bogotá, Planeta, 2005.

de la Iglesia católica colombiana en la historia del país. A través de su obra, se aprecian como una constante las divisiones internas que han atravesado al catolicismo colombiano a lo largo de su historia. Por ejemplo, frente a la “cuestión social”, de gran importancia y de permanente actualidad no sólo en Colombia sino en toda América Latina, de Roux ha mostrado las profundas tensiones y los desgarradores conflictos que se han dado en el mundo católico. Y es que la Iglesia católica, en su sentido más amplio (jerarquías, clero, creyentes), lejos de ser homogénea, siempre ha sido mucho más diversa y heterogénea de lo que tradicionalmente se afirma, incluso en el mundo académico.

En su trabajo más reciente, Rodolfo de Roux vuelve a detenerse en las divisiones que se dan en el seno del mundo católico, ampliando su visión, en este caso, al continente latinoamericano. Pero más allá de señalar las fisuras de la Iglesia y, a través de ellas, de las diferentes maneras de interpretar los valores del cristianismo, de Roux, como en sus trabajos anteriores, insiste en el compromiso que debe asumir la Iglesia católica en su conjunto frente a la sociedad y al mundo en general: no es una azar si los dos últimos capítulos del libro se detienen en lo que el autor llama las “utopías”.

Los cinco ensayos que componen el libro, a pesar de que no siguen un orden determinado, guardan una coherencia, pues están articulados en torno a dos temas centrales: “las relaciones entre violencia y religión, y entre religión y utopía”. Pero podríamos agregar que ese eje central también puede ser el enfrentamiento entre, al menos, dos formas de ver el catolicismo, de interpretar la función y la misión de la Iglesia católica –desde sus máximos jerarcas hasta el común de los fieles- en el mundo. Esa dicotomía, ese combate entre dos corrientes, ha superado los diferentes contextos históricos, pues está presente desde la llegada de los primeros misioneros a América Latina, en la Conquista, y sigue hoy vigente, a comienzos del siglo XXI. Es cierto que la intensidad de las divisiones ha variado de acuerdo a las coyunturas, pero la heterogeneidad del catolicismo nunca ha desaparecido del todo.

El primer capítulo, “Santas y justas lides. La guerra y el Dios cristiano en suelo americano”, se detiene en el concepto de “guerra santa” y explica su origen y su evolución –desde los primeros tiempos del cristianismo hasta el siglo XX-. La idea central en este primer capítulo es la estrecha relación que siempre ha existido entre guerra y religión. Agustín, Bernardo de Claraval, Tomás, figuras importantes en el santoral del catolicismo, se encargaron de legitimar el concepto de “guerra santa”: “un fin moralmente elevado va a ser suficiente para justificar acciones bélicas,

mucho más si éstas [...] se emprenden por orden de la Iglesia [...], bajo el pretexto de la defensa del bien y de la voluntad de Dios”. Las Cruzadas, en el caso europeo, y la Conquista, en el caso americano, constituyen notables ejemplos de “guerras santas”. La justificación, en ésta última, es presentada con amplios detalles. Así como Cristo había sido el verdadero monarca del universo, el papa, su máximo representante en la tierra, “goza de jurisdicción temporal directa sobre el mundo entero”, incluyendo los pueblos no cristianos. Por consiguiente, si los “paganos” no obedecen las órdenes de ese jerarca universal que es el papa, la Iglesia católica tiene el derecho –y la obligación– de hacerles la guerra para someterlos. De acuerdo con otros juristas, teólogos y evangelistas, que fueron los encargados de desarrollar todas estas teorías, la guerra contra los indios no sólo era justa, sino también un acto humanitario y caritativo, a través del cual esas comunidades paganas accedían por fin a la verdad. De esta manera, los conquistadores son presentados como unos héroes, más aún, como nuevos mesías que, mediante la acción bélica, liberan a los indígenas de todos sus errores. En pocas palabras, la guerra santa es necesaria.

No todos pensaban de la misma manera. Para Pedro Claver, el papa no podía despojar de sus bienes a los indígenas, pues el mismo Cristo, que vivió en la pobreza y se deshizo de los reinos temporales, no le otorgó a Pedro, su sucesor, la facultad de gobernar en lo temporal los reinos de la tierra. Partiendo de esa nueva base, el fraile dominico concluye que la evangelización es incompatible con la guerra; por el contrario, “el modo de enseñarles a los hombres la verdadera religión -afirma- debe ser delicado, dulce y suave”. Y ante la violencia de los españoles, los indígenas tienen el derecho de resistir. Otros teólogos y juristas cuestionan igualmente la legitimidad de la guerra santa, al poner en duda los fundamentos teológicos de la teocracia papal.

Durante el proceso de Independencia, la Iglesia católica de América Latina vuelve a dividirse: “El problema es que Dios ha estado en todas las trincheras. De manera que la santa justificación cristiana de la guerra terminó siendo utilizada contra los mismos españoles cuando llegó el momento de liberarse de ellos”. De esta manera, una parte del clero se situó del lado de los insurrectos, mientras que otros sectores de la Iglesia defendieron la causa de los realistas. El caso mexicano, sin ser el único, ofrece el ejemplo de numerosos sacerdotes acaudillando las guerras contra los españoles, en contravía de las posiciones del papa.

De Roux menciona, muy rápidamente, que durante los conflictos surgidos durante la segunda mitad del siglo XIX en América Latina entre las directivas del catolicismo

y los Estados, la Iglesia evocó nuevamente la “guerra santa” como arma principal para oponerse a las políticas “heréticas” de sus enemigos: “Durante las numerosas guerras civiles entre liberales y conservadores, la religión reforzó a menudo la motivación política dándole a las contiendas un carácter de «guerra santa» en defensa de la «nación católica»”.

Los sectores tradicionalistas no han sido los únicos en justificar la violencia para defender los valores del catolicismo. A partir de los años sesentas, numerosos sacerdotes de todo el continente se sumaron a las guerrillas de extrema izquierda, equiparando la lucha revolucionaria con la guerra santa. Camilo Torres decía que al analizar la sociedad colombiana, se había dado cuenta de “la necesidad de una revolución” para alcanzar la justicia social. Pero para contrarrestar a los movimientos revolucionarios, “se esgrimió con igual fuerza la causa sagrada de la lucha antissubversiva en nombre de la «defensa de la civilización occidental y cristiana»”. De Roux recuerda que la doctrina de Seguridad nacional contó con el apoyo de numerosos obispos.

El capítulo dos insiste en la intolerancia de la Iglesia católica frente a los “peligros” que durante la Colonia parecían amenazar al catolicismo: judíos, protestantes, negros, seguidores de la Ilustración, figuran entre los más perseguidos por la temida Inquisición. Algunos sectores del clero también fueron objeto de la profunda intolerancia que animaba a las principales autoridades del catolicismo, prestas a sancionar y a condenar todo comportamiento y toda idea que se alejara de la ortodoxia.

Una vez alcanzada la Independencia, los temores de la Iglesia se centraron en las políticas anticlericales puestas en marcha por los gobiernos liberales, sobre todo después de 1850 (capítulo 3): se trata del conflicto entre los partidarios de la laicidad y los que defienden una especie de Estado confesional, una corriente que Émile Poulat ha denominado “catolicismo integral e intransigente”. Este conflicto volvió a resurgir durante los dos gobiernos de Alfonso López Pumarejo y, recientemente, conoció un nuevo episodio con la Constitución de 1991. Sin embargo, por diferentes razones, el capítulo no logra dar cuenta de la importancia de este conflicto: hace falta presentar los contextos en los que se enmarcaron cada uno de esos momentos para entender debidamente lo que estaba en disputa. De la misma manera, el conflicto no se entiende si no se explica con cierto detenimiento el sentido de las reformas laicas: no basta, por supuesto, hacer un listado de las medidas que se establecieron. Además, es primordial señalar que la laicidad, lejos de ser un concepto inmóvil, ha conocido toda una evolución desde el siglo XIX hasta nuestros días: si en un

comienzo, la laicidad buscaba alcanzar una serie de libertades (de enseñanza, de religión, de conciencia), con el paso del tiempo los objetivos fueron variando. Hoy en día, la laicidad remite a nuevos desafíos: el progreso científico, los problemas éticos, el reconocimiento de los derechos de las minorías religiosas, étnicas, sexuales, etc. Hay otro vacío importante en este capítulo: la ausencia de matices. De Roux sostiene, repitiendo un lugar común, que el fracaso de los proyectos laicos emprendidos por los radicales y por Alfonso López Pumarejo se debió a la intransigencia del Partido conservador y del episcopado. Sin embargo, el estudio de numerosas fuentes permite apreciar que amplios sectores del partido liberal, es decir, del partido que supuestamente abanderaba la causa de la laicidad, se mostraron tan clericales como los conservadores y el clero.

Los dos últimos capítulos abordan el tema de la “utopía” religiosa. Una de esas utopías se dio durante la Colonia, especialmente al comienzo, cuando numerosos misioneros interpretaron el “descubrimiento” como el signo providencial que abría las puertas no sólo a la expansión del cristianismo, sino sobre todo a la posibilidad de establecer la “Ciudad de Dios” en el Nuevo mundo, supuestamente libre de la corrupción y del pecado que afectaba al viejo catolicismo europeo. Ese “renacer” de la Iglesia, facilitado por la “inocencia” casi perfecta de los indígenas, se reflejó bajo la fórmula de un humanismo cristiano estrechamente relacionado con “impulsos utópicos-mesiánicos”. Fue una etapa animada por un profundo optimismo, pues se creía que el resurgir de la nueva Iglesia era una prueba de la proximidad de la salvación. Para acelerar este proceso, numerosos misioneros comenzaron a interesarse con entusiasmo en el estudio de los indígenas (costumbres, creencias, modos de organización), base esencial para implantar la “renaciente Iglesia”. Quizá hace falta aclarar en qué consistía ese renacer, en particular con relación a las comunidades indígenas: ¿se trataba acaso de una promoción de los pueblos amerindios?, ¿América iba a convertirse en una tierra de tolerancia, gracias a los auspicios de algunos sectores del catolicismo?

En el último capítulo, el autor plantea el dilema que debe enfrentar el proyecto utópico: ¿se trata tan sólo de la aspiración a cambiar de mundo, tal y como lo sostienen los sectores más tradicionales o, por el contrario, lo que se busca no es acaso cambiar el mundo? La disyuntiva remite a una pregunta central: ¿lo que importa es únicamente el mundo del “más allá” o el hombre también debe interesarse por la dimensión temporal y mejorar sus condiciones de vida “aquí y ahora”? De Roux insiste en la “carga subversiva” y en el “contenido social” que implica necesariamente esta última opción, y recuerda, repitiendo literalmente en ocasiones pasajes ya

mencionados en capítulos anteriores, ejemplos de esa escatología revolucionaria, presente desde los tiempos bíblicos y vigente aún hoy en día en América Latina: “Hasta nuestros días, el mundo americano -que surgió bajo el signo del Apocalipsis- ha permanecido marcado por el sello de la esperanza que precedió su nacimiento”. Desde ese momento, caracterizado por la opresión, se inició una marcha que debía conducir el continente hacia su libertad, causa por la que lucharon los movimientos de “Iglesia popular” y la “Teología de la liberación”, una teología escatológica que, a partir de una nueva lectura de la pobreza, “destaca los aspectos proféticos y escatológico-mesiánicos del mensaje cristiano”. El triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua fortaleció la creencia según la cual América era la nueva tierra prometida, la tierra de esperanza para todos los oprimidos.

El trabajo termina con una exhortación abierta a seguir creyendo en la utopía, teniendo en cuenta los errores del pasado que, en nombre del bien común, han derivado hacia regímenes impositivos y coercitivos. Esta crítica implícita a los regímenes socialistas y comunistas no debe hacer perder la esperanza en la necesidad de construir sueños que permitan avizorar mundos mejores: “En esa perspectiva de necesaria crítica a la realidad social existente, las utopías, como el horizonte, preservan zonas ilusorias y sirven para ponerse en marcha”.



MÚNERA, Alfonso, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta, 2005, 225 pp.

Javier Ortiz Cassiani[©]

El último libro del historiador cartagenero Alfonso Múnera comienza llamando la atención sobre un tema de suma importancia. La carencia en la historiografía nacional, salvo contadas excepciones, de una producción sistemática de trabajos sobre historia política y, principalmente, sobre la falta de estudios que incorporen la cuestión racial en los análisis sobre el siglo XIX. Esta carencia contrasta con una realidad incuestionable para el autor, el papel central en los escritos de los intelectuales colombianos, desde Francisco José de Caldas, a finales del siglo XVIII, hasta Luis

[©] Historiador de la Universidad de Cartagena, candidato a magíster en historia de la Universidad de los Andes.

López de Mesa, en el siglo XX, del tema racial. Contrasta también con la producción historiográfica de países como Perú y México, en donde, en el decenio de los ochenta y primera mitad de los años noventa, académicos como Alberto Flores Galindo, Florencia Mallon, Heraclio Bonilla, Carlos Manrique, Peter Guardino, David Nugent, Gilbert Joseph y Eric Van Young pusieron la discusión de la raza y de la participación de los grupos marginados en los procesos políticos de independencia, y su aporte en la configuración del estado nación, como ejes centrales de sus estudios.

Para estos autores, que se caracterizan por la incorporación de novedosas metodologías, de “nuevos puntos de vista y de nuevos actores, producto de recientes lecturas y de largas investigaciones” (p. 15), la nación, es más que el producto de la acción ejemplarizante de unas élites criollas nacionales. Precisamente, sus investigaciones revelan el carácter azaroso y problemático de su formación, a través del análisis de los conflictos raciales y étnicos y las tensiones regionales.

Sin embargo, en los últimos tiempos en nuestro medio, se vienen realizando importantes trabajos que muestran una apropiación de la problemática anterior. Múnica celebra la aparición de los trabajos de Mary Roldán, Nancy Appelbaum, Claudia Steiner, Broke Larson, Cristina Rojas y Marixa Lasso¹. Lo importante en los trabajos de estas seis mujeres, formadas en universidades norteamericanas, es su apuesta por dejar de concebir la nación como “una unidad homogénea”. Por el contrario, valoran los fragmentos como piezas fundamentales para entender los procesos de formación de la nación colombiana, y la necesidad de estudiar las tensiones étnicas y raciales y los conflictos regionales, como única posibilidad para tener una visión más enriquecida del pasado colombiano. Si se trata de definir *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano* habría que inscribirlo dentro de esta línea.

A pesar de que el libro está conformado por seis ensayos, descansa sobre dos temas centrales que le dan sentido de unidad: “la intrínseca relación de los discursos de las élites criollas colombianas del siglo XIX sobre raza y geografía con la construcción de la nación y, por otra parte, la participación de grupos subalternos en dicho proceso de formación nacional” (p. 21). En la introducción, el autor explica lo que él llama “las nueve claves para entender el siglo XIX”, especie de carta de navegación necesaria para abordar el, a veces, inaprensible siglo. Los puntos a los que se refieren

1 En este grupo estaría también el reciente trabajo de la historiadora Aline Helg, *Liberty & Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835*, Chapel Hill and London, The University of North Carolina Press, 2004.

las nueve claves se pueden resumir de la siguiente manera: la importancia de los textos de los intelectuales como constructores de imágenes en las que los colombianos aprendieron a mirarse a sí mismos y a la nación; la valoración y jerarquización de las geografías y razas, que comienza desde finales del siglo XVIII; la racialización de las geografías; la inferiorización de los territorios a través de la idea de frontera; el mito de la nación mestiza; y la participación de los negros y mulatos en la búsqueda de la ciudadanía.

Múnera demuestra que, si bien se pueden apreciar rupturas en los escritos de Francisco José de Caldas con los de los intelectuales del siglo XIX, los hermanos Miguel y José María Samper y Salvador Camacho Roldán, -en, por ejemplo, la mayor atención de Caldas a la geografía y su papel determinante en el comportamiento de las razas, o la idea de José María Samper de que las “razas evolucionaran y se adaptasen al medio”- estos coinciden en la concepción de “la geografía humana de la nación como escindida en dos grandes territorios: los Andes habitados por las razas más civilizadas y superiores, y las costas, las tierras ardientes, las selvas, los grandes llanos, habitados por las razas incivilizadas e inferiores” (pp. 25-26). En los escritos de los intelectuales del siglo XIX colombiano, publicados en su mayoría en el extranjero (Kingston, Londres, París), por supuesto hay un estudio de la geografía, pero por sobre todo una valoración y una jerarquización de las geografías y razas, que comienza -y en esto insiste el autor-, desde muy temprano, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Es decir, que esta imagen se construyó desde el pensamiento criollo de la independencia.

Por eso, su primer ensayo se refiere a dos figuras centrales en la construcción de jerarquías regionales a partir de un discurso racializado, José Ignacio de Pombo y Francisco José de Caldas. Pombo, Prior del Consulado de Comercio de Cartagena, y durante considerable tiempo el comerciante más acaudalado de la Nueva Granada, tuvo siempre un interés por el conocimiento de la geografía: “poseído por la ideología del progreso y con un gran optimismo sobre las infinitas posibilidades de desarrollo de las tierras americanas, estuvo en el centro de casi todos los esfuerzos que se hicieron por desentrañar la fragmentada geografía del norte suramérica en los últimos 20 años del imperio de España” (p. 54). Sus informes son una fuente insuperable para entender el espíritu reformista de la elite ilustrada criolla en los preludios de la independencia. El fomento de la educación, la agricultura, el comercio, la navegación y la industria fueron siempre preocupaciones centrales en Pombo. Con sus ojos puestos en la inmensidad del mar Caribe, los proyectos de Pombo se distanciaron de sus homólogos del interior, al punto de proponer “convertir la presidencia de

Quito en un nuevo virreinato y hacer de la costa caribe una capitania general independiente, al estilo de Venezuela” (p. 58). Así mismo, en el informe sobre el contrabando de 1804, hace público su discurso abolicionista radical, en franca contradicción con la aristocracia payanesa, para quienes la esclavitud era la base de su economía.

Sin embargo, en Pombo, el espíritu liberal ilustrado, y los prejuicios raciales propios de la tradición noble española no se contradicen. Detrás de la idea de libertad para los esclavos, lo que existía era un fuerte temor a la posibilidad de que Cartagena de Indias, una ciudad portuaria habitada por una gran cantidad de negros y mulatos, se convirtiera en otro Haití. Esta sospecha “fortaleció su percepción de que los negros eran seres bárbaros y enemigos eternos de los blancos” (p. 60). En realidad el temor por la revolución negra haitiana de la elite cartagenera, y su uso como referente simbólico republicano por los sectores populares, era más fuerte de lo que normalmente se admite. En un estudio reciente, Marixa Lasso mostró cómo la población mulata cartagenera tuvo algunas oportunidades de familiarizarse con los eventos de la revolución haitiana a través de la común presencia en la ciudad de marineros franceses y haitianos². Las declaraciones de Manuel del Castillo, miembro del patriciado cartagenero y uno de los nueve mártires fusilados por Pablo Morillo en 1816, revela la importancia del imaginario haitiano en Cartagena. Como defensa ante el tribunal de acusación, para probar su lealtad a España, Del Castillo, declaró lo siguiente: “esos extranjeros, la hez de las colonias, nacidos y educados en medio de la espantosa revolución de Francia, y con hábitos, costumbres y ferocidad de unos verdaderos filibusteros: *los negros de Haití, enemigos por constitución de los blancos y habituados a las carnicerías que han hecho gemir la humanidad en la desgraciada isla de Santo Domingo: los antropófagos caraqueños y los mismos hombres de color del país, halagados, ganados y embriagados por aquellos...*”³. Ante ese mismo tribunal, José María García de Toledo, otro de los mártires fusilados por Morillo, declaró que había participado en la destitución del gobernador Montes en 1810 por las amenazas del “populacho”, pues “atropellada la persona del señor gobernador siguiesen después las cabezas de los hombres acaudalados, de los nobles, de los blancos todos, *y que se hubiese repetido la escena de Santo Domingo*”⁴.

2 LASSO, Marixa, “Haiti as an Image of Popular Republicanism in Caribbean Colombia, Cartagena Province (1811-1830)”, in GEGGUS, David (editor), *The International impact of the Revolution in the Atlantic World*, Charleston, University Carolina Press, 2001.

3 ARRÁZOLA, Roberto, *Los Mártires responden*, Cartagena, Ediciones Hernández, 1973, p. 101. Las cursivas son mías.

4 *Ibid.*, p. 15.

La apropiación del espacio que se inicia con Pombo, encuentra en Francisco José de Caldas su expresión más sólida. Caldas, en el intento de inscribirse dentro de la tradición ilustrada en boga, le quiere dar sentido al espacio en el que vive. “La geografía -señala-, es la base fundamental de toda especulación política”, de manera que el conocimiento de la geografía, es una forma de apropiación que permite ordenar y controlar. Así, política y geografía se complementan. En Caldas, como en la mayoría de los intelectuales americanos de finales del siglo XVIII, hay un afán por ser reconocidos “como legítimos miembros de una comunidad civilizada, dominante y europea”⁵. Tal vez por eso, no crítica el determinismo geográfico de George Louis de Buffon. Sus argumentos se centran en probar que, a diferencia de las tierras calientes, en las cordilleras andinas existen las condiciones naturales para el surgimiento y desarrollo de un hombre con los atributos físicos, intelectuales y morales, iguales a los del hombre europeo. Más allá del temprano interés de Caldas y Pombo por describir la geografía ignorada del virreinato, y por volver estas tierras económicamente productivas, “estos dos ilustrados estaban participando en el complejo y conflictivo proceso de volver reconocible un territorio y unas gentes que muy pronto intentarían definirse como nación. En la empresa intelectual de su invención, la construcción de una geografía y de una población, distribuida en ella racialmente, fueron dos elementos inseparables” (p. 69).

En la perpetuación a través del tiempo de una geografía racializada, y de la valoración de unos territorios en detrimento de otros, se puede explicar -siguiendo a Múnera- la pérdida de Panamá, que se entiende como la “metáfora del fracaso en la construcción de la nación colombiana” (p. 90). Obviamente, esto no hubiera sido posible sin la expresión imperial de los Estados Unidos, que en esos momentos vivía una importante coyuntura, y que el autor muestra como justificaciones que sustentan la urgencia de ese país por tomarse a Panamá. En primer lugar, al ocupar Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898, se hace necesario establecer un sistema más eficiente de comunicación entre el mar Caribe y el océano Pacífico; en segundo lugar, el triunfo sobre España representaba la salida del aislacionismo y la búsqueda de nuevos mercados, y en tercer lugar la reformulación del concepto de frontera, tan necesario para el fortalecimiento de la democracia norteamericana.

Para Norteamérica, como se aprecia en los clásicos ensayos de Frederick Jackson Turner y Alfred Tayer Mahan, escritos a finales del siglo XIX, la frontera era el

5 CASTAÑO, Paola, NIETO, Mauricio y OJEDA, Diana, “Política, ciencia y geografía en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada”, en *Revista Nómadas*, No. 22, Bogotá, Universidad Central, Instituto de Estudios Contemporáneos, abril de 2005, p. 122.

espacio por excelencia de la democracia, donde se ponían a prueba el esfuerzo y el trabajo individual, es decir, el lugar que había que ir a conquistar. Por el contrario, para las élites andinas, receptoras de una centenaria tradición, la frontera representaba el lugar del “otro”, el espacio del bárbaro y salvaje. Así, mientras se fortalecía la idea de un “centro andino rodeado de tierras marginales y fronterizas” (p. 102), Panamá se convertía en uno de los principales centros de comercio internacional, objeto de la infinita codicia de los Estados Unidos. Panamá era representado como una zona de negros y contrabandistas, cuyo clima ardiente había corrompido a sus élites. Ni siquiera en el lamento de su pérdida se dejó de lado esa visión peyorativa. A sólo seis años de la separación, en 1909, el periódico *Zig-Zag*, acompañaba la caricatura titulada “mutilación nacional” con el siguiente texto: “Colombia es pobre pero honrada mujer con familia. Y como es pobre y humilde y hasta complaciente, el Tío Sam la ha pretendido y no sólo ha sucedido que la ha intranquilizado con su pasión, sino que al lado de ella y aprovechando debilidades de algunos nietos suyos, consiguió seducir a una su hija *morenita y ardiente*, que es nada menos que la *desgraciada Panamá* a quien -como sucede siempre- ha abandonado a la desesperación después de disfrutar sus dones y de engañarla miserablemente. El tío Sam es el Tenorio de América”⁶. Dos imágenes se fortalecen aquí. La ya clásica imagen de la mulata lujuriosa, que en Panamá cobra un fuerte significado por la alta presencia de población negra, y por otro lado, la imagen de los Estados Unidos como el macho poseedor que reforzaba la visión de Roosevelt, quien miraba a los colombianos como un pueblo de afeminados.

Como complemento a lo expresado por Múnera, en el proceso de separación de Panamá habría que anotar la permanente búsqueda por la élite panameña de espacios de libertad. Por su ubicación geográfica, Panamá disfrutó siempre de excelentes condiciones para el comercio, de manera que no es nada gratuito que fueran los representantes panameños en el siglo XIX quienes encabezaran los proyectos sobre federación, y que desde comienzos de siglo, abogaran por el libre cambio y la supresión de monopolios como el del tabaco. Influenciados por los norteamericanos, se aprecia en los intelectuales panameños un interés por hacer la legislación nacional más acorde con los principios liberales y ponerla a tono con el espíritu cosmopolita de Panamá. En 1855 Justo Arosemena, jurista y destacado constitucionalista panameño, se atrevió a decir que “La legislación civil de la Nueva Granada tenía la

6 Citado como epígrafe por NÚÑEZ, Luz Ángela, “El rapto de Panamá en la caricatura política colombiana, 1903-1930”, en BONILLA, Heraclio y MONTAÑEZ, Gustavo (editores), *Colombia y Panamá: La metamorfosis de la nación en el siglo XX*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Convenio Andrés Bello, 2004, p. 413. Las cursivas son mías.

misma base que las Leyes castellanas de Partida, lo cual era una abierta contradicción con la sociedad republicana moderna”⁷. Este prolífico intelectual, admirador del sistema político inglés y norteamericano, sostenía que “la libertad sin límites, será algún día la solución completa de todos los problemas sociales”⁸.

Múnera señala que desde el siglo XIX la idea de un territorio mestizo, más que una realidad, era un proyecto del ideal de nación que la élite quería construir. Asociados los valores de la civilización y la democracia a las condiciones raciales, la élite se preocupó por mostrar un territorio libre de negros e indígenas, y por presentar el territorio con una fuerte presencia mestiza, lo que en realidad representaba una forma de blanqueamiento. Esta tendencia es la que ha llevado a que la figura de Pedro Romero, el más importante dirigente mulato de la independencia de Cartagena, haya sido tratada a toda costa de ser blanqueada. Hay un interés por parte de los biógrafos de la élite cartagenera por mostrar que ni era mulato, ni era pobre, y por desestimar su protagonismo en las luchas por la independencia. De esta forma se trata de negar, además, la posibilidad de que los grupos marginados sean capaces de articular proyectos políticos importantes.

Desde sus trabajos anteriores, Múnera ha resaltado la importancia de los negros y mulatos en la independencia de Cartagena, vistos por la historiografía tradicional como una masa sujeta a los caprichos de la élite. Esta misma historiografía, y otra mucho más reciente, se ha encargado de repetir hasta la saciedad cómo las élites criollas aprovecharon el vacío de poder para empezar a construir nuevas maneras - o reevaluar las existentes- de acción política, de poder y de representación. Sin embargo, les cuesta mucho trabajo darse cuenta que los sectores populares también pueden construir, a partir de de este vacío, sus propias alternativas. No olvidemos, como lo dice James Scott, que

una revolución es también un interregno. Entre el momento en que un régimen previo se desintegra y el momento en que un nuevo régimen se ha instalado con firmeza, hay un terreno político que muy pocas veces ha sido examinado con detenimiento. Las descripciones estado-centristas de un periodo así subrayan, de manera característica su anarquía, caos e

7 MARTÍNEZ GARNICA, Armando, “La acción de los liberales panameños en la determinación de las políticas del Estado de la Nueva Granada, 1848-1855”, en BONILLA, Heraclio y MONTAÑEZ, Gustavo (editores), *Op. Cit.*, p. 75.

8 AROSEMENA, Justo, *Ensayos morales*, Washington, Unión Panamericana, 1949, p. 27.

inseguridad. Sin embargo, para muchos ciudadanos y comunidades, puede representar un periodo notable, sin impuestos ni vigilancia estatal, un periodo en el que pueden revertirse las injusticias; en suma, un paréntesis de autonomía⁹.

En cada época las sociedades construyen representaciones para darle algún sentido a lo real. Es claro que el imaginario es una representación mental que no reproduce lo real, sin embargo, genera acciones que influyen sobre la realidad. Así, mientras la nación se narraba, en su narración se construían cartografías físicas y mentales. A los espacios y a sus gentes se les dotaba de categorías éticas y estéticas, que perpetuaron negaciones y exclusiones que históricamente han recaído sobre los grupos marginados de la nación. Por esta razón, Alfonso Múnera, en una época en que los científicos sociales suelen ocultar sus intereses y preferencias en refinados marcos conceptuales, desde el principio, tal vez para evitarnos las conjeturas, asume su posición y su compromiso:

Usted estimado lector o lectora, puede leer lo que sigue como un libro de historia comprometido con la suerte de la gente pobre de la nación colombiana, que ha sufrido por generaciones las peores consecuencias de un orden político y social construido sobre la negación de sus derechos básicos y la exclusión de las llamadas razas inferiores. Admito que me tiene sin cuidado la acusación de haber sido muy apasionado al escribir esta historia, pues soy consciente de que la búsqueda de una objetividad neutral sólo produce libros muy aburridos y casi siempre inservibles, o libros “objetivamente” al servicio de las ideas dominantes, que, como bien dijera Michel Foucault, cumplen muy bien con la misión de la historia de legitimar un orden establecido (p. 44).

* * *

9 SCOTT, James, “prólogo”, en JOSEPH, Gilbert y NUGENT, Daniel (compiladores), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, México, Ediciones Era, 2002, p. 19.

WILLIFORD, Thomas J., *Laureano Gómez y los masones 1936-1942*, Bogotá, Editorial Planeta, 2005, 249 pp.

Decsi Arévalo ▲

Thomas Williford inscribe su libro *Laureano Gómez y los masones 1936-1942* en el campo del estudio de la retórica política. Desde su perspectiva, la retórica es un aspecto fundamental en la violencia política y a ella se recurre por la necesidad de justificar la eliminación del otro. Para el caso particular de Colombia el autor señala que “la sospecha, el miedo y la desconfianza que engendró la retórica política fue un factor clave y necesario en el discurso para incitar asesinatos, torturas y masacres en la época de La Violencia” (p. 14).

El centro del análisis está en el discurso antimasonónico de Laureano Gómez, expresado en 1942 en el marco del debate electoral y la revisión del Concordato con la Santa Sede. El texto está estructurado a partir de tres temáticas: la francmasonería en sus orígenes, principios y presencia en Colombia durante la primera mitad del siglo XX; la ideología y estrategia partidista de Laureano hasta 1942; y los acontecimientos de 1942.

Según el autor, la retórica laureanista de 1942 tenía como un componente principal la participación de los masones colombianos en un complot judío-masónico-comunista, de nivel mundial, contra la Iglesia. La conclusión de Williford es que la antimasonería de Gómez fue más una táctica política, que una parte fundamental de su ideología, pues surgió sólo esporádicamente como una de sus herramientas para unificar el partido conservador bajo su dirección.

Dos argumentos sustentan tal afirmación. De una parte, si bien la masonería colombiana contaba con “muchos miembros, ejercía una importante influencia dentro del partido liberal y tenían aspectos anticlericales, como se podía ver en sus políticas sobre la educación y la regulación del estado sobre el matrimonio y el divorcio, los masones colombianos no hicieron parte de ninguna conspiración mundial contra la iglesia católica, como Gómez predicaba” (p. 21). De otra, el tema de la masonería no es persistente en el discurso laureanista, figura en 1910, luego desaparece para volver en 1935, ausentarse nuevamente y regresar en 1942.

▲ Profesora del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

En opinión de Williford la idea central de Gómez era: la mejor defensa contra el liberalismo es un partido conservador unido e intransigente en sus valores (p. 151). Para lograr esa unidad y firmeza, dice el autor, en su discurso Laureano Gómez utilizó varias estrategias: el ataque a las tácticas electorales de los liberales, las críticas a la corrupción gubernamental y la defensa del nacionalismo económico por la vía del rechazo a la injerencia norteamericana. Pero, a mediados de 1942, muchos de estos recursos habían agotado su capacidad de cohesión; por tanto, interpretando los sucesos internacionales Gómez adaptó la idea de complot judío-comunista-masónico. No obstante, los dos primeros eran grupos de poca influencia real en la política, así que sólo quedaba la posibilidad de la antimasonería.

Sin duda, la lectura de este texto propone varios campos de reflexión, que pueden ser motivo de estudios posteriores. Me refiero, en particular, a temas como la manera de hacer política en nuestro país y la incidencia del discurso tanto en las manifestaciones de violencia, como en la adopción de medidas gubernamentales.

Un punto sobre el que quisiera llamar la atención es la relación liberalismo-masonería-anticlericalismo. Williford, en su libro, enfatiza la idea de anticlericalismo para referirse a la postura masónica respecto a la Iglesia, que es justamente la que utilizaría Gómez para sustentar su retórica política de 1942, cuando ataca la política del liberalismo. Sin embargo, la expresión real de esta triada es un asunto que debe esclarecerse para dar cuenta del marco de creación de un discurso. Si bien el autor expone los argumentos por los cuales no podría hablarse de un complot judío-masón-comunista, no deja igualmente clara la relación liberal-masón.

Como lo señala Ricardo Arias¹, a mediados del siglo XIX el liberalismo impulsó un proyecto laicista, truncado durante la regeneración y la hegemonía conservadora, que cobró fuerza en los años treinta del siglo XX, en los que se generó un conjunto de reformas encaminado a sentar las bases de un Estado laico. Pero en los años treinta, “amplios sectores del liberalismo se sumaron a las toldas clericales y conservadoras y atacaron con no menos ímpetu la política religiosa de López”², que no era masón. Tal divergencia dentro del liberalismo no podría imputarse a la pertenencia a grupos masónicos.

1 ARIAS, Ricardo, “Estado laico y catolicismo integral en Colombia. La reforma religiosa de López Pumarejo”, en *Historia Crítica*, No.19, Bogotá, Universidad de Los Andes, enero-junio 2000, pp. 70-71.

2 *Ibid.*, p.73

En esta dirección habría que profundizar en las prácticas de la política y no sólo en elementos ideológicos. Dos procesos sería pertinente esclarecer. De una parte, la relación entre un grupo de la sociedad, los masones en este caso, y la determinación de políticas públicas; de otra, la asociación entre necesidades de la política y los contenidos ideológicos que se defienden. Indagar sobre tales procesos permitiría dimensionar la complejidad con que se toman las decisiones políticas y aproximarse a la incidencia de los grupos sociales en la fijación de acciones estatales.

De ahí que un avance sobre la incidencia del discurso –como catalizador de la violencia- debe contemplar el análisis de la manera como se tejen esas relaciones políticas y el grado de conocimiento que de éstas pueda exhibir la sociedad. Sin duda, como lo señala Williford, el desconocimiento es un terreno abonado para sembrar la sospecha y el miedo.